

Origen prehistórico de la dehesa en Extremadura: Una perspectiva paleoambiental

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ SÁEZ
PILAR LÓPEZ GARCÍA
LOURDES LÓPEZ MERINO
ENRIQUE CERRILLO CUENCA
ANTONIO GONZÁLEZ CORDERO
ALICIA PRADA GALLARDO

RESUMEN

Se analiza el origen de la explotación del paisaje de dehesa en Extremadura a partir de los análisis palinológicos de los yacimientos neolíticos de Los Barruecos y el Cerro de la Horca. Con los datos obtenidos se puede afirmar que desde el IV milenio cal BC la intervención humana sobre los bosques acabó por formar un paisaje similar al que hoy denominamos “dehesa”.

ABSTRACT

The origin of “dehesa” landscape in Extremadura is analyzed from the palynological analyses of Los Barruecos and Cerro de la Horca neolithic sites. With such data, we can state that human intervention on woodlands formed a landscape comparable with current “dehesa” in the IVth millennia cal BC.

1. INTRODUCCIÓN

La dehesa es, sin lugar a dudas, uno de los ecosistemas más singulares de la Península Ibérica, el mejor ejemplo de equilibrio natural entre la explotación de los recursos naturales del bosque por parte del hombre y su conser-

vación. Con casi 2,2 millones de hectáreas de extensión, ocupa gran parte de la mitad occidental peninsular, desde Salamanca al norte hasta Huelva al sur, incluyendo el Algarve y el Alentejo en Portugal. En Extremadura los sistemas adhesados corresponden en su mayoría a dehesas de encinas, aunque también existen de alcornoques o mixtas entre ambas especies, ocupando un área aproximada del 51% de la superficie agraria útil extremeña (45% en Badajoz, > 50% en Cáceres), unas 900.000 hectáreas (Parra, 1988; Pulido García, 2002).

La dehesa se asemeja a un ecosistema fisonómicamente ‘sabanoide’ o ‘parque’, constituidos por enormes praderas gramíneas salpicadas de pies de árboles dispersos (Penco, 1992), con apenas dos estratos vegetales diferenciados: el arbóreo constituido por especies del género *Quercus* (fundamentalmente encinas y alcornoques) y el herbáceo, mucho más variado a nivel florístico.

La dehesa es en realidad un ecosistema antropogénico, generado por el hombre cuando éste intervino sobre el bosque original, deforestándolo mediante el fuego o a través de la introducción del ganado en él, provocando la desaparición de la cobertura arbustiva y la generación de espacios abiertos en el seno de un ‘bosque-parque’ donde pueda pacer el ganado. El objetivo fundamental de este aclareo arbóreo es incrementar notablemente la radiación solar incidente sobre el suelo, potenciando la producción de pastizal fuera de la sombra de los árboles (Hernández, 1995). Aunque originariamente es un sistema fuertemente pastoril, la explotación sostenida de la dehesa permite la existencia de cultivos agrícolas en su seno, los cuales, de igual manera, contribuyen a su sostenibilidad.

Martín Galindo (1966) estima que la dehesa es la mejor solución agroforestal ante una situación límite de suelos pobres y clima hostil, reiterando la inestabilidad de este ecosistema únicamente mantenido gracias a la continua intervención del hombre. Tales hechos llevan a Martín Lobo (1992) a afirmar que la «dehesa es poco ecológica». En efecto, las áreas adhesadas se emplazan, generalmente, sobre suelos delgados a esqueléticos, de ecología oligotrófica (Fernández y Porras, 1998), muy pobres en nutrientes, sobre rocas de naturaleza silícea tales como granitos o pizarras.

El vocablo ‘dehesa’ procede del latín *defensa*, cuyo significado es ‘defendida’ o ‘acotada’, aludiendo a una porción de tierra de límites determinados, generalmente acotados y dedicados a pastos. En cualquier caso, el término ‘dehesa’ denota cierta ambigüedad, ya que se trata de un concepto muy utilizado en dominios políticos, económicos o académicos, que indistinta-

mente puede hacer mención a un ecosistema seminatural, al tipo de gestión antrópica sobre un determinado paisaje e, incluso, al modo de explotación de dicho ecosistema (Schnabel *et al.*, 2000). En la Edad Media, este término castellano hace referencia fundamentalmente al terreno acotado al libre pastoreo, a los ‘invernaderos’ o ‘extremos’ a los que acudían los ganados trashumantes en invierno que se dirigían al suroeste español, a los valles de Extremadura, Alcuía y del Guadalquivir (Parra, 1988; San Miguel, 1994).

De acuerdo a Gutiérrez (1992), el origen de la dehesa se remonta al periodo romano, ya que fueron éstos quienes, por su costumbre de establecer latifundios en territorios marginales, en áreas manejadas y amplias controladas por un sólo propietario, dieron origen a tan singular ecosistema. Schnabel *et al.* (2000) refieren que no es hasta el año 924 d.C. cuando aparece por primera vez la voz ‘dehesa’, según el diccionario de Corominas, aunque con anterioridad existen referencias a él en las leyes visigodas refiriéndose al acotamiento de fincas, el llamado *pratum defensum*, seguramente adoptado de los romanos. La etimología del término ‘dehesa’ tendría pues un origen histórico, quizá tras la Reconquista y la concesión de enormes extensiones de tierras a las órdenes militares, los señoríos o los concejos de realengo, como la herencia más inestimable legada por la Mesta (Parra, 1988).

2. EL REGISTRO PALEOAMBIENTAL

Una cuestión es el origen etimológico de la voz ‘dehesa’, y otra, bien distinta, su origen cronológico, la primera vez que este tipo de ecosistema se puso en escena en los paisajes extremeños. En general, las dehesas se asocian al manejo antrópico del bosque durante la Edad Media, cuando gracias al control ejercido por la Mesta los ganados trashumantes aprovecharon los pastos de las dehesas extremeñas. Sin embargo, como veremos en adelante, la puesta en escena de un paisaje típico de ‘dehesa’ se remonta en Extremadura mucho más atrás en el tiempo de lo hasta ahora supuesto, cuando a partir del Neolítico el hombre interviene sobre el bosque original de encinas y/o alcornoques y se origina la dehesa.

Para establecer un marco cronocultural preciso, en el que situar el origen de la dehesa, es necesario acudir al registro paleoambiental, al estudio de los pólenes y esporas que aparecen fosilizados en distintos contextos sedimentarios (lagos y lagunas, turberas, humedales, yacimientos arqueológicos). En nuestro caso, dado que nos referiremos exclusivamente a los datos aportados por dos yacimientos arqueológicos extremeños, la disciplina

paleoambiental que puede proveernos de información al respecto del origen de la dehesa es la Palinología arqueológica, la cual aporta datos valiosos sobre la vegetación de un determinado período del Holoceno, ofreciendo una panorámica aproximada de las condiciones climáticas reinantes en el momento de estudio, de las posibilidades de vida vegetal o animal, la forma en que el hombre supo utilizar los recursos de los que disponía y cómo, irremediablemente, ha ido modificando el medio a través de distintos fenómenos de quema, deforestación, cultivo, etc., para distintos períodos culturales y cronológicos (López Sáez *et al.*, 2000, 2003).

En la bibliografía paleoambiental del Mediterráneo occidental es frecuente la alusión a paisajes pretéritos ‘semiadhesados’ o de tipo ‘parque’, un símil en nada antojadizo que da cuenta del evidente parecido fisionómico respecto a la dehesa original en periodos cronológicos y culturales anteriores a los romanos. En estos casos, a nivel polínico, tales paisajes se caracterizan por la dominancia de las formaciones herbáceas, por la ausencia de un dosel arbustivo, así como, finalmente, por una cobertura arbórea escasa. Este tipo de paleopaisajes inferidos son relativamente frecuentes en la vertiente mediterránea francesa, en el Levante de la Península Ibérica así como en Italia, aunque de manera alguna concuerdan con el ecosistema singular de la dehesa, en tanto y en cuanto no suponen una explotación selectiva de tipo agropastoril por parte del hombre, aludiendo únicamente a su semejanza en biotipos vegetales.

En Extremadura, para resolver esta cuestión, contamos con los análisis palinológicos llevados a cabo en los yacimientos de Los Barruecos en Malpartida de Cáceres (Cerrillo Cuenca *et al.*, 2005; López Sáez *et al.*, 2005) y el Cerro de la Horca en Plasenzuela, ambos en la provincia de Cáceres (Fig. 1). En conjunto, ambos yacimientos engloban un ámbito cronocultural que se extendería desde el Neolítico Antiguo hasta los inicios de la Edad del Bronce, aunque en este trabajo centraremos nuestra atención especialmente en el período Neolítico, por suponer la primera intervención antrópica sobre el bosque.

Durante el Neolítico Antiguo, el paisaje anexo a ambos yacimientos se caracterizó por la existencia de una densa maquia xerotermófila, especialmente rica en acebuche (*Olea europaea*) y lentisco (*Pistacia lentiscus*) (Figs. 2 y 3). Este tipo de vegetación poblaría, con toda probabilidad, las zonas más rocosas y soleadas, de suelos más esqueléticos bajo una base generalmente granítica, allí donde el encinar, por la falta de suelo, no podría instalarse con facilidad. La presencia de batolitos graníticos, tanto en Los Barruecos como

en el Cerro de la Horca, habría favorecido la extensión desmesurada del acebuchal, el elemento arbustivo dominante en las formaciones forestales junto a estos yacimientos hará unos 7000 años, según las fechas que para este periodo cultural tenemos de Los Barruecos, de 6060 ± 50 BP (5204-4801 cal. BC) y 6080 ± 40 BP (5204-4847 cal. BC) (Cerrillo Cuenca et al., 2002, 2005; Cerrillo Cuenca, 2005). La evidente armonía entre ambas dataciones nos permitiría insertar el marco cronológico de desarrollo de este estado cultural en la transición entre el final del VI milenio cal. BC e inicios del V milenio (ca. 5200-4800 cal. BC).

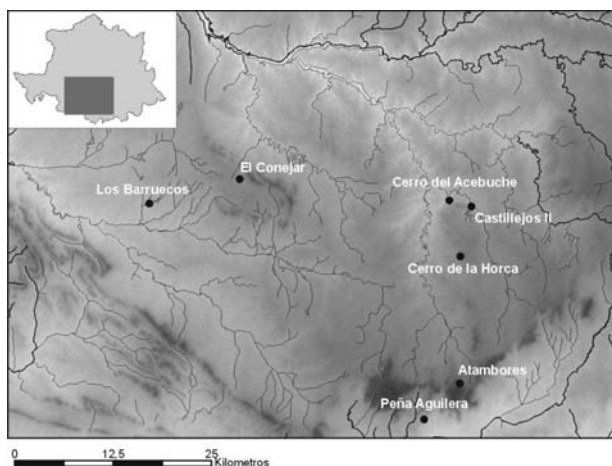


Figura 1.-Mapa de situación de Los Barruecos y El Cerro de la Horca junto a otros yacimientos neolíticos.

La vegetación potencial de estos territorios, durante el Neolítico Antiguo, correspondería al encinar luso-extremadureño, en el cual la encina (*Quercus ilex* tipo), y en menor medida el enebro (*Juniperus* tipo) serían sus elementos arbóreos más importantes. Los porcentajes de polen arbóreo en ambos yacimientos, durante el Neolítico Antiguo, son superiores al 40%, dando cuenta por tanto de un paisaje de encinar relativamente forestado, rico en arbustos como el acebuche o el lentisco, e incluso la jara pringosa (*Cistus ladanifer*).

Tanto en Los Barruecos como en el Cerro de la Horca los estudios palinológicos ponen de relieve que los pobladores del Neolítico Antiguo de estos dos yacimientos conocían la agricultura, pues en ambos ha podido demostrarse la presencia de polen de cereal (Cerealia) en porcentajes suficientes como para admitir su cultivo local, en la proximidad inmediata de ellos. Paralelamente a la aparición del polen de cereal se han identificado otra serie de palinomorfos que normalmente acompañan a los cultivos cerealísticos (Behre, 1981), tales como Brassicaceae, Fabaceae, *Rumex acetosa* tipo, *Rumex acetosella* tipo, etc., que refrendarían la existencia cercana de tales actividades de cerealicultura. La identificación de esporas de hongos de ecología carbonícola, caso de *Chaetomium* sp, podríamos relacionarla posiblemente con la existencia de algunos procesos que implicaran el uso del fuego a nivel local, que con toda seguridad derivarían del aclarado de la zona de bosque o matorral para instalar los cultivos (López Sáez *et al.*, 1998, 2000).

Amén de la agricultura, la palinología igualmente demuestra posiblemente el inicio de cierto tipo de presión pastoral sobre el bosque, gracias a la identificación de ciertos microfósiles no polínicos de ecología coprófila (tipos 55 y 112) indicativos por tanto de la presencia *in situ* de animales domésticos (López Sáez *et al.*, 2000), así como por otros palinomorfos como el llantén (*Plantago lanceolata* tipo), la ortiga (*Urtica dioica* tipo) o Chenopodiaceae/ Amaranthaceae, igualmente indicadores de tales actividades (Galop, 1998). En todo caso, el porcentaje de unos y otros no es demasiado alto, lo que nos haría sospechar que las actividades de pastoreo no serían muy intensas. Este dato podría significar que durante el Neolítico Antiguo los territorios próximos a ambos yacimientos probablemente no fueron más que zonas de paso de los ganados trasterminantes o, teniendo en cuenta la documentación de agricultura, sitios con una ocupación estacional, que no continuada, a lo largo del año.

Al hilo de lo anterior, los palinomorfos de ecología nitrófila, y por lo tanto indicadores de actividades antrópicas sobre el medio, tales como *Aster* tipo, Cichorioideae, Cardueae, etc., tampoco tienen porcentajes importantes durante el Neolítico Antiguo; lo que permite confirmar que el paisaje inmediato a Los Barruecos y el Cerro de la Horca, hará 7000 años, no se encontraba excesivamente antropizado, más bien lo contrario, sino que tal antropización en todo caso era residual y debida a un uso ocasional o estacional de la zona de hábitat, cuyo reflejo sobre el paisaje circundante no se habría manifestado en forma del desarrollo de pastizales nitrófilos ni habría supuesto, tampoco, la deforestación de las formaciones arbóreo-arbustivas.

Del Neolítico Medio sólo tenemos constancia de los datos aportados por el yacimiento de Los Barruecos, para el cual contamos con la datación de 4640 ± 50 BP (3628-3137 cal. BC), que nos permitiría situar este estado cultural en la segunda mitad del IV milenio cal. BC. Si tomáramos el intervalo de mayor probabilidad de dicha datación, éste de 3534-3336 cal. BC (87,6%), podríamos precisar con mayor exactitud su cronología, situándola en los dos primeros siglos de la segunda mitad del IV milenio cal. BC.

El paso al Neolítico Medio supuso un cambio notable en la fisionomía del paisaje, ya que el análisis de polen de Los Barruecos (Fig. 2) demuestra claramente como la densa maquia de acebuches que dominaba en el Neolítico antiguo se restringe severamente aunque sin llegar a desaparecer. La degradación del acebuchal va acompañada de la del encinar, pues el porcentaje de encina disminuye también. Las razones de estos hechos se explican fácilmente si atendemos a que la intervención del hombre sobre el bosque se incrementa ahora de manera fehaciente, lo cual queda demostrado porque todo el repertorio de palinomorfos nitrófilos y antrópicos antes citados aumentan sus porcentajes de manera muy importante, notablemente Cichorioideae, Cardueae, *Aster*, *Rumex*, *Plantago*, etc.

La deforestación del encinar, y la subsiguiente del acebuchal, da lugar a que los pastos nitrófilos proliferen, a la vez que lo hacen también otro tipo de pastos cuyo origen debemos buscarlo en la presión ganadera sobre el paisaje. Nos estamos refiriendo a los pastos de carácter antropozoógeno, constituidos por *Plantago*, *Urtica* y *Chenopodiaceae/Amaranthaceae* entre los palinomorfos que mejor los caracterizan (Behre, 1981; Galop y López Sáez, 2002), los cuales en el Neolítico medio aumentan exponencialmente sus porcentajes. El desarrollo de estos pastizales zoógenos sería el resultado de una mayor presión pastoral, lo cual se manifiesta claramente por una mayor representatividad porcentual de esporas fúngicas de especies coprófilas, caso de los tipos 55 y 112 (López Sáez *et al.*, 1998, 2000).

Además de la ganadería, durante el Neolítico Medio de Los Barruecos, la agricultura, como en el Neolítico Antiguo, sigue siendo una constante, documentándose de nuevo polen de cereal en porcentajes suficientes para admitir su cultivo local, incluyendo todo un elenco florístico de especies acompañantes ya citadas. Lo que ahora parece quedar más claro es que la instalación de estos cultivos cerealísticos se llevó a cabo mediante una quema previa de la vegetación arbóreo-arbustiva, del encinar y el acebuchal, abriendo el bosque, deforestándolo, consiguiendo así espacios abiertos hábiles tanto al desarrollo de la agricultura como a la entrada del ganado en su seno. La

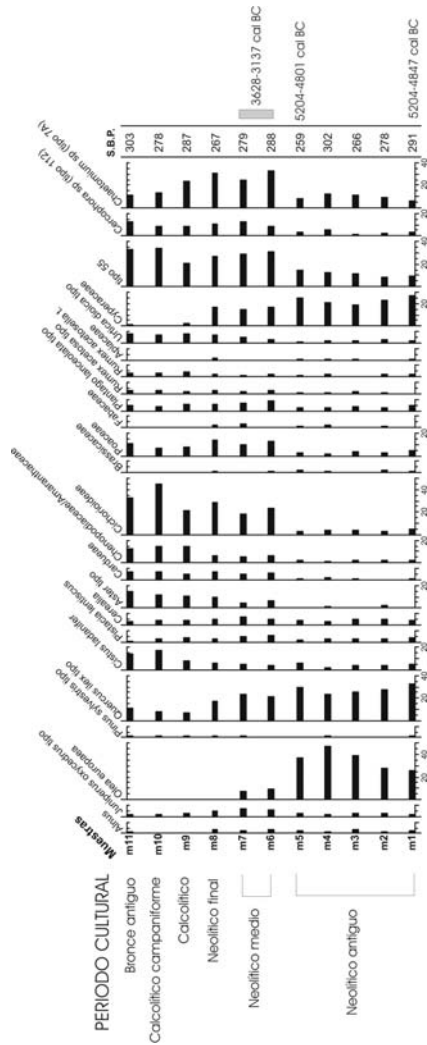


Figura 2. Diagrama polínico de Los Barruecos

abundancia de esporas de hongos carbonícolos (tipo 7A) es la mejor evidencia de estos hechos.

Comparando los espectros polínicos de las dos muestras del Neolítico Medio de Los Barruecos, con espectros polínicos obtenidos sobre muestras actuales en zonas de dehesa (Dorado y Ruiz Zapata, 1994; López Sáez *et al.*, e.p.), podemos confirmar que el paisaje circundante a este yacimiento, en tal periodo, correspondería ya al ecosistema típico de dehesa, con escasa cobertura arbórea, con un dominio importante de las zonas de pastos (antrópicos y zoógenos) y con apenas o ningún elemento del estrato arbustivo.

Podríamos por tanto situar el origen de la dehesa extremeña en el Neolítico Medio, momento en el cual el hombre interviene de manera directa sobre el bosque original, tanto sobre el estrato arbóreo como sobre el arbustivo, introduciendo el fuego como elemento deforestador para abrir claros en el bosque, en una etapa previa que luego se continúa con la instalación de manera definitiva de cultivos cerealísticos y la proliferación de ganado.

3. LA “DEHESA” COMO PAISAJE NEOLÍTICO: BREVES CONSIDERACIONES ARQUEOLÓGICAS

El aprovechamiento de la «dehesa» por los primeros grupos productores es una cuestión que en la historiografía actual sobre el Neolítico y el Calcolítico peninsular cobra cada vez más fuerza. Ya al comienzo de la década de 1980, Lewthwaite (1982: 122) exponía como el aprovechamiento de los bosques esclerófilos de la Europa mediterránea podrían haber jugado un papel complementario al desarrollo de la agricultura por la estabilidad de este ecosistema y su facilidad para el aprovechamiento. No obstante, pese a la temprana publicación de este trabajo, en la Península Ibérica no se ha entrado a valorar el origen prehistórico de la dehesa hasta épocas recientes.

Los análisis realizados en las turberas onubenses (Stevenson y Harrison, 1992) daban pie para hablar sobre el origen de la dehesa a lo largo del III milenio cal BC, y en especial de la posibilidad lógica que existía de que este tipo de aprovechamiento se extendiera hacia otros espacios del Suroeste peninsular como Extremadura (Harrison, 1996: 363). Para Harrison (1995: 275), el origen de la dehesa habría que buscarlo en la introducción de suidos y ovinos a lo largo del III milenio en este medio boscoso, fruto de un aprovechamiento de estos espacios por las comunidades trashumantes, y en relación con el mantenimiento de una sociedad sin signos externos de desigualdades hasta el II milenio cal BC, una opinión que en la actualidad, con los datos

arqueobotánicos y arqueológicos de otros yacimientos onubenses debe cuestionarse (Nocete, 2001: 74).

Independientemente de que cuestionemos el punto de la cronología en el que comenzara a desarrollarse un paisaje de dehesa, si hay cierto consenso en alabar que la explotación de la dehesa supuso un marco estable que pudo sustentar el desarrollo de otras actividades económicas. Los trabajos desarrollados por Lewthwaite (1982) y Harrison (1996) han presentado la dehesa como un medio estable y complementario para el desarrollo de las actividades agrícolas. De hecho, Harrison (1996: 366) plantea que los bosques esclerófilos son una fuente muy estable de obtención de recursos subsistenciales, que apenas sufre la presión de factores exógenos, a diferencia de las prácticas agrícolas primitivas. A esa imagen de equilibrio, debemos añadir que la dehesa prehistórica se ha descrito como un entorno (Stevenson y Harrison, 1992: 227-228; Lewthwaite, 1982: 222) donde no se necesitan inversiones extraordinarias de trabajo para recuperar recursos, y por tanto sería un complemento excelente para afrontar los cultivos neolíticos.

Son varios los datos que en la actualidad diversos yacimientos neolíticos pueden ofrecer de un consumo mixto de recursos forestales combinados con datos de producción agrícola, una idea que recientemente se ha aplicado al Neolítico Medio del Tajo interior (Bueno *et al.* 2005) y que en el caso de Extremadura podemos rastrear en el tránsito del VI al V milenio cal BC. Como ya apuntamos, desde los primeros momentos de la secuencia arqueológica obtenida en el yacimiento de Los Barruecos y el Cerro de la Horca, existen datos de producción agrícola, que en el caso del yacimiento de Malpartida de Cáceres coinciden también con datos muy parciales sobre el consumo de bellotas. Los estudios realizados por J. Juan y J. C. Matamala (Cerrillo Cuenca *et al.* 2005) sobre los restos de procesado de un molino barquiforme, procedente de la fase de Neolítico Antiguo, permitieron concluir que junto a restos de cebada y otros cereales se había preparado en el mismo harina gruesa de bellota.

En suma, con pocos datos aún, se empieza a intuir que en la cuenca del Tajo se produce una situación común a otros puntos de la Península Ibérica, donde junto a los primeros ambientes de producción se documenta el consumo de la bellota y otros recursos silvestres (Pereira y García, 2002; Zapata 2000). No obstante, esta interacción inicial con los recursos de los encinares no implica en absoluto la aparición de un paisaje de dehesa, como ya hemos visto, sino un acercamiento a su definitiva consolidación durante el IV milenio cal BC.

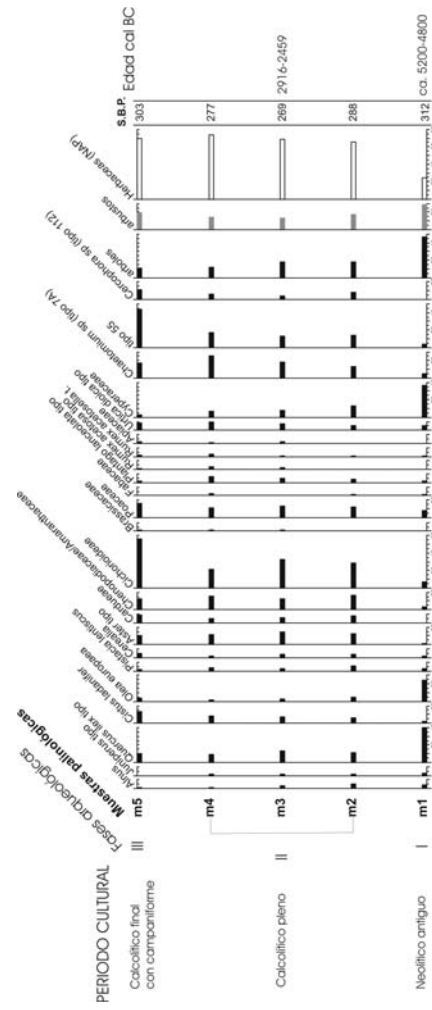


Figura 3. Diagrama palinológico del Cerro de la Horta

Desde el punto de vista arqueológico, el IV milenio cal BC es uno de los periodos más dinámicos de la Prehistoria Reciente extremeña. Fundamentalmente el conocimiento arqueológico actual se deriva del análisis de los contextos funerarios megalíticos más tempranos, y en pocas ocasiones de las áreas de habitación, que siguen siendo en gran medida las más desconocidas. Las excavaciones en los niveles de Neolítico Medio en Los Barruecos han permitido arrojar más datos en torno a la economía de los «primeros gestores» de estos espacios adeshados, y de paso permiten superar la consideración tradicional que avocaba a los constructores de megalitos al desarrollo de una economía esencialmente ganadera e itinerante (Ruiz-Gálvez, 2000: 202; Galán y Martín, 1991-92: 199; Hurtado, 1995: 58). Otros autores presentan a estos grupos del Neolítico Medio, y periodos más tardíos, polarizados entre agricultores y ganaderos (Oliveira, 1997: 378), con distintos grados de apropiación y uso del territorio.

No obstante, hasta época muy reciente no ha sido posible conocer con más detalle el contexto ambiental y económico del paisaje en el que se vive durante el Neolítico Medio. En el caso de Los Barruecos se puede afirmar sin duda que la ganadería no se ha desarrollado disociada de la agricultura. Más bien parece que este paisaje puede describirse como consecuencia del incremento de la actividad agrícola con respecto al periodo precedente, como hemos descrito con anterioridad. Las pruebas que aportan los análisis faunísticos (Morales, e.p.) permiten suponer el desarrollo de una «transterminancia» de la cabaña ganadera que probablemente contribuyó a la formación del paisaje de «dehesa» del que venimos hablando. Los resultados obtenidos en otras áreas de habitación relacionadas con contextos funerarios, como el dolmen de Azután o el Castillejo de Huecas (Bueno *et al.*, 2005) confirman la extensión de ese tipo de economía mixta más allá de la zona extremeña del Tajo y con los mismos elementos diagnósticos de explotación de la dehesa: consumo de bellotas y otros recursos silvestres, indicadores de ganadería y sobre todo agricultura.

La dehesa, con la inclusión de todos los elementos monumentales y áreas de habitación que lo componen a partir del Neolítico Medio, se muestra como un paisaje propicio para el complemento de las actividades agrícolas. Como tal, es un producto de una primitiva intervención del hombre sobre los recursos forestales, desde al menos el Neolítico Antiguo, y posteriormente del aumento de la presión ganadera y antrópica desde al menos el IV milenio cal BC. Desde el punto de vista social, el paisaje que se nos presenta es pro-

ducto de la explotación del medio por grupos segmentarios en progresiva intensificación de sus estrategias de subsistencia.

4. CONCLUSIONES

La dehesa es el resultado de la evolución prehistórica del bosque primigenio mediterráneo, del encinar y el alcornocal, en el cual se conjugan una serie de condiciones climáticas y edáficas concretas que establecen un equilibrio entre todas las especies, entre el arbolado y el pastizal, siempre y cuando el hombre intervenga. La dehesa es, efectivamente, el ejemplo más palpable de que no siempre la intervención del hombre sobre el ecosistema es perjudicial, sobre todo cuando su continuidad logra un equilibrio ecológico extensible a periodos prehistóricos.

Situar el origen de los paisajes adehesados en un marco cronocultural que se extiende varios milenios atrás de los periodos romano y medieval, dota a nuestro trabajo de un interés añadido en la determinación fisionómica de los paisajes extremeños. Sin lugar a dudas, el hombre neolítico que vivía en Extremadura intervino sobre la dehesa pues el bosque original apenas le permitía un aprovechamiento sustancial de él. La complementariedad a las prácticas agrícolas, y sobre todo la estabilidad de este medio, conducirían de manera progresiva al hombre a introducir sus rebaños en el seno del bosque, provocando su deforestación progresiva, la recreación de espacios abiertos y el nacimiento de la dehesa hará unos seis mil años.

Como muy acertadamente afirma Parra (1988), «la dehesa es un ejemplo maravilloso de cómo hacer de la necesidad virtud». El registro paleoambiental, procedente de los yacimientos arqueológicos extremeños de Los Barruecos y el Cerro de la Horca, viene a demostrar que tal ‘necesidad’ surgió inicialmente durante el Neolítico antiguo, conformándose un paisaje de dehesa (‘virtud’) a partir del Neolítico medio. La dehesa constituye entonces un ejemplo muy singular de ecosistema en el que se conjuga un equilibrio entre estabilidad y productividad, quizá la relación más emblemática en la Península Ibérica de la estrecha relación entre el hombre y el bosque, un paisaje genuinamente extremeño de génesis prehistórica.

BIBLIOGRAFÍA

- BEHRE, K.E. (1981): The interpretation of anthropogenic indicators in pollen diagrams. *Pollen et Spores*, 23: 225-245.
- BUENO, P.; BERMEJO, R.; BALBÍN, R.; CAMPO, M. C.; GONZÁLEZ, A.; ETXEBERRÍA, F.; HERRASTI, L.; GALVÁN, V.; JUAN-TRESERRAS, J.; LÓPEZ, J. A.; LÓPEZ, P. MATAMALA, J. C.; MILLOS, J. J.; ROBLEDO, B.; TRANCHO, G. Y SÁNCHEZ, B. (2005): Alimentación y economía en contextos habitacionales y funerarios del Neolítico meseteño. En: Arias Cabal, P., Ontañón Peredo, R. y García-Moncó, C. (Eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, pp. 83-92. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria 1, Universidad de Cantabria, Santander.
- CERRILLO CUENCA, E. (2003): *Arqueología de las primeras sociedades productoras en la cuenca extremeña del Tajo*. Tesis Doctoral, Universidad de Extremadura, Cáceres.
- CERRILLO CUENCA, E. (2005): *Los primeros grupos neolíticos de la cuenca extremeña del Tajo*. British Archaeological Reports, S 1393. Archaeopress. Oxford.
- CERRILLO CUENCA, E.; PASTOR VILLEGAS, J.; PRADA GALLARDO, A.; GONZÁLEZ CORDERO, A.; MORALES MUÑIZ, A.; LÓPEZ SÁEZ, J.A.; LÓPEZ GARCÍA, P.; ARNANZ, A.; JUAN-TRESERRAS, J.; MATAMALA, J.C. y GARRIDO GARCÍA, J.A. (2005): Bases económicas y ambientales para el estudio de las comunidades neolíticas del centro-oeste peninsular: perspectivas desde el yacimiento de Los Barruecos. En: Arias Cabal, P., Ontañón Peredo, R. y García-Moncó, C. (Eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*, pp. 93-102. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria 1, Universidad de Cantabria, Santander.
- CERRILLO CUENCA, E.; PRADA GALLARDO, A.; GONZÁLEZ CORDERO, A. y HERAS MORA, F.J. (2002): La secuencia cultural de las primeras sociedades productoras en Extremadura: una datación absoluta del yacimiento de Los Barruecos (Malpartida de Cáceres, Cáceres). *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2): 101-111.
- DORADO, M. y RUIZ ZAPATA, B. (1994): Variabilidad de la lluvia polínica en los transectos TP1 y TP2 del Valle de Amblés (Ávila). En: La Serna

- Ramos, I. (Ed.), *Polen y Esporas: Contribución a su conocimiento. VIII Simposio de Palinología (A.P.L.E.), Tenerife, Septiembre 1990*, pp. 147-157. Universidad de La Laguna, Servicio de Publicaciones, Tenerife.
- FERNÁNDEZ, P. y PORRAS, C.J. (1998): *La dehesa. Algunos aspectos para la regeneración del arbolado*. Informaciones Técnicas 58/98, Dirección General de Investigación y Formación Agraria, Servicio de Publicaciones y divulgación, Sevilla.
- GALÁN, E. Y MARTÍN, A. M.: (1991-92) Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo. *Zephyrus*, XLIV-XLV. Pp. 193-205
- GALOP, D. (1998) : *La forêt, l'homme et le troupeau dans les Pyrénées. 6000 ans d'histoire de l'environnement entre Garonne et Méditerranée*. Geode, Laboratoire d'Ecologie Terrestre, Toulouse.
- GALOP, D. Y LÓPEZ SÁEZ, J.A. (2002). «Histoire agraire et paléoenvironnement: les apports de la palynologie et des microfossiles non-polliniques». *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 42 (1-2). Pp. 161-164.
- GÓMEZ GUTIÉRREZ, M. (1992): *El libro de las dehesas salmantinas*. Consejería de Medio Ambiente y Organización Territorial, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- HARRISON, R. J.: (1995) New aspects of the «Policultivo Ganadero» in Prehistoric Spain en KUNST, M. (Coord): *Origens, Estruturas e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica. Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras 3-5 Abril 1987*. *Trabalhos de Arqueologia*, 7: 273-276.
- HURTADO PÉREZ, V. (1995): Interpretación sobre la dinámica cultural de la cuenca media del Guadiana del IV al II milenio a.C. *Extremadura Arqueológica, V. Homenaje a M. Gil-Masarell.*, Pp. 53-80
- HARRISON, R. J.: (1996) «Arboriculture in Southwest Europe: dehesas as managed woodlands», en HARRIS, D. R. (Ed): *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*: 363-367.
- HERNÁNDEZ, C.G. (1995): La dehesa extremeña. *Revista Agricultura*, 750: 37-41.
- JUAN TRESSERRAS, J. y MATAMALA, J. C. (e.p.) Los Barruecos (Malpartida de Cáceres, Cáceres). Estudio de residuos de procesado de un molino barquiforme. en E. CERRILLO CUENCA (Coord): *Los Barruecos: pri-*

meros resultados sobre el poblamiento neolítico de la cuenca extremeña del Tajo. Memorias de Arqueología Extremeña, 6.

- LEWTHWAITE, J.: (1982) Acorns for the ancestors: the prehistoric exploitation of woodland in the west Mediterranean» en BELL, M. y LIMBREY, S. (eds.): *Archaeological Aspects of Woodland Ecology*. Symposia of the Association for Environmental Archaeology, 2. BAR International Series, 146: 217-230.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A.; LÓPEZ GARCÍA, P. y BURJACHS, F. 2003. Arqueopalinología: Síntesis crítica. *Polen*, 12: 5-35.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A.; LÓPEZ GARCÍA, P.; LÓPEZ MERINO, L.; CERRILLO CUENCA, E.; GONZÁLEZ CORDERO, A. y PRADA, A. (2005): Prehistoric landscapes in North Extremadura between the VIth and the IVth millenia cal. BC. *Journal of Iberian Archaeology*, 7: 23-35.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A.; MARTÍN SÁNCHEZ, M. y LÓPEZ GARCÍA, P. (e.p.). Paleocología de las dehesas de La Serena (Badajoz): una aproximación palinológica. En: Cerrillo, E., Celestino, S., Jiménez, J. y Mateos, P. (Eds.): *II Jornadas de Arqueología en Extremadura*, Junta de Extremadura, Mérida.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A.; VAN GEEL, B.; FARBOS-TEXIER, S. y DIOT, M.F. (1998): Remarques paléocologiques à propos de quelques palynomorphes non-polliniques provenant de sédiments quaternaires en France. *Revue de Paléobiologie*, 17 (2): 445-459.
- LÓPEZ SÁEZ, J.A.; VAN GEEL, B. y MARTÍN SÁNCHEZ, M. 2000. Aplicación de los microfósiles no polínicos en Palinología Arqueológica. En: Oliveira Jorge, V. (Coord. Ed.), *Contributos das Ciências e das Tecnologias para a Arqueologia da Península Ibérica. Actas 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol. IX, Vila-Real, Portugal, setembro de 1999*, pp. 11-20. Adecap, Porto.
- MARTÍN GALINDO, J.L., (1966): La dehesa extremeña como tipo de explotación agraria. *Revista de Estudios Geográficos*, 103: 157-226.
- MARTÍN LOBO, M. (1992): Perspectiva forestal de Extremadura. *Agricultura: Revista Agropecuaria*, 714: 57-60.
- MORALES MUÑIZ, A., (e.p.) Los Barruecos (Malpartida de Cáceres, Cáceres): una fauna neolítica a cielo abierto, en E. CERRILLO CUENCA (Coord): *Los Barruecos: primeros resultados sobre el poblamiento neolítico de la cuenca extremeña del Tajo*. Memorias de Arqueología Extremeña, 6.

- NOCETE, F.: (2001) *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro / periferia en el Valle del Guadalquivir*. Barcelona.
- OLIVEIRA, J. DE: (1997) *Monumentos megalíticos da bacia hidrográfica do rio Sever. Castelo de Vide, Herrera de Alcántara, Marvão, Nisa, Valência de Alcántara*. Ibn Maruán. Lisboa
- PARRA, F. (1988): *La dehesa y el olivar*. Enciclopedia de la Naturaleza de España, Editorial Debate, Madrid.
- PENCO, A.D. (1992): *Aproximación a la dehesa extremeña*. Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz.
- PEREIRA SIESO, J. Y GARCÍA GÓMEZ, E. (2000): Bellotas, un alimento de la edad de oro. *Arqueoweb* 4(2) [http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_2/articulo4_2_bellotas.html, fecha de consulta 18/04/2006]
- PULIDO GARCÍA, F. (2002): Capítulo 4.11. Extremadura. En: *Libro Blanco de la Agricultura y el Desarrollo Rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid. Pp. 567-608
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.: (2000) El conjunto dolménico de la Dehesa Boyal de Montehermoso, en JIMÉNEZ ÁVILA, J. Y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (Eds.): *Extremadura Arqueológica*, VIII. Homenaje a Elías Diéguez Luengo. Mérida. Pp. 187-207.
- SAN MIGUEL, A. (1994): *La dehesa española. Origen, tipología, características y gestión*. Fundación Conde del Valle de Salazar, Madrid.
- SCHNABEL, S.; TRENADO, R. y LAVADO, J. (2000). La dehesa: estado actual de la cuestión. *Clio*, 17. Pp. 1-6.
- STEVENSON, A. C. Y HARRISON, R. J. (1992): Ancient forests in Spain: a model for land-use and dry forest management in south-west Spain from 4000 BC to 1900 AD, *Proceedings of the Prehistoric Society*, 58. Pp. 227-247.
- ZAPATA PEÑA, L. (2000) La recolección de plantas silvestres en la subsistencia mesolítica y neolítica. Datos arqueobotánicos del País Vasco. *Complutum*, 11: 157-169.

510 J. A. LÓPEZ SÁEZ, P. LÓPEZ GARCÍA, L. LÓPEZ MERINO
E. CERRILLO CUENCA, A. GONZÁLEZ CORDERO Y A. PRADA GALLARDO

BLANCA